

EL CATEQUISTA

Revista semanal

APROBADA Y BENDECIDA

POR EL

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo

DE LA DIÓCESIS

«Evangelizare pauperibus misit me».

«Me envió el Señor á evangelizar á los pobres».

LUC., c. 4, v. 18.

Año I.

Sábado 29 Septiembre 1906.

Núm. 39.

Catequística.

(Continuación).

Ahora, pues, como la pasión de Jesucristo fué una suficiente y sobre-abundante satisfacción por el pecado y por el reato de la pena de que se hizo reo el género humano, síguese que su pasión fué como cierto precio por el cual quedamos libres de las dos obligaciones. Porque la misma satisfacción por la cual satisface alguno ya por sí, ya por otro, es cierto precio por el cual se redime, bien á sí, bien á otro, del pecado y de la pena, según aquello que nos enseña Daniel: *Redime tus pecados con limosnas* (4, 24). Pues Cristo satisfizo, no dando dinero, ó cosa parecida, sino dando lo que es sumo, esto es, á sí mismo por nosotros. De donde se saca que la pasión de Cristo es verdadera redención (1).

Cuya doctrina enseñádonosla habrían los Apóstoles Pedro y Pablo, cuando dijeron, hablando á los fieles: No estáis redimidos de vuestra heredada condición con las cosas corruptibles del oro y de la plata, sinó que lo estáis con la preciosa sangre de Cristo, que es como cordero sin mancha y sin contagio. Y en otro lugar: Cristo nos redimió de la maldición fulminada por la ley, haciéndose El maldito por nosotros; pues maldito es todo el que pende en la Cruz (2); esto es, es tenido por maldito, y está en lugar de los malditos, aunque El no lo sea, como no lo era nuestro santísimo Redentor.

Y al redimirnos Jesucristo de nuestra diabólica cautividad,

(1) Santo Tomás, *Suma Teolg.*, Parte 3.^a, Cuest. 48, art. 4.^o

(2) 1.^a Carta de S. Pedro, cap. 1.^o, ver. 18; y Carta de S. Pablo á los Gálatas, cap. 3.^o, ver. 13.

no redimió á solos los hebreos, ni á solos los africanos, ni á solos los españoles, como al parecer decían algunos hombres en los tiempos de San Pablo, y en los de San Agustín, sinó que nos redimió á todos los hombres de todas las clases sociales y de todas las épocas y naciones del mundo. No hay distinción, dice San Pablo, entre el judío y el griego, porque todos tienen un mismo Señor, que es inmensamente rico para con todos los que lo invocan; pues se salvará todo el que invoque (como debe) el nombre del Señor, y haga lo que El manda (1).

Y San Agustín está aun más explícito, como se ve por esto que nos dice: Cautivos andaban los hombres bajo el mando del diablo y servían á los demonios. Pero fueron redimidos de su cautividad. Venderse pudieron, pero no redimirse. Mas vino el Redentor y dió (por ellos) el precio. Derramó su sangre y compró el orbe de la tierra. ¿Me preguntáis qué es lo que compró? Fijaos en lo que dió, y hallar habéis lo que compró. El precio (que se dió) es la sangre de Cristo. Una tan grande cosa, ¿qué es lo que vale? ¿Qué, sinó es todo el orbe? ¿Qué, sinó todas las naciones? Sobremanera ingratos son á ese precio, ó son muy soberbios, los que dicen, ó bien que él (el precio) es tan corto que sólo compró á los africanos; ó que ellos son tan grandes que por ellos solos se debió dar tal precio. No se ensalcen, pues, (esos hombres), no se ensoberbezcan. Por todo (el mundo) dió (Jesucristo) todo cuanto dió (2).

Luego bien claro aparece que Jesucristo dió á su eterno Padre una muy cumplida satisfacción por los pecados de todos los hombres, tanto por el original como por los personales; y que, á la par, libertó al mundo todo de la servidumbre del demonio. Porque nos libró el Hijo de Dios: y si el Hijo de Dios nos libró, verdaderamente libres quedamos (3).

Mas como el pecado era el que nos tenía cerradas las puertas del cielo, de tal manera, que sin un Redentor que destruyese el poder del pecado, nadie podría entrar en aquella celestial patria, es clara consecuencia que también Jesucristo nos abrió de par en par las puertas del cielo. De la cual verdad, por de tal fácil comprensión, nada creemos oportuno hablar ahora.

(1) Carta á los Romanos, cap. 10, vers. 12 y 13.

(2) Tratado 120, sobre San Juan.

(3) San Juan, cap. 8.º, ver. 36.

Réstanos todavía, antes de terminar, hacer esta breve y necesaria aclaración respecto de todo lo dicho.

Aunque es muy verdadero que Jesucristo hizo por nosotros todo lo que va dicho, y mucho más que aun está por decir, no debemos entender como ningún católico entiende que Jesucristo lo hizo todo en todos sentidos, sin dejarnos nada que hacer á nosotros en la obra de nuestra salvación.

Jesucristo dió á Dios condigna y superabundante satisfacción por el hombre pecador. Pero ha sido una satisfacción fundamental y radical: y para que de los fundamentos suba á las alturas del edificio, y de la raíz pase á las ramas, es preciso que el hombre haga por su parte lo que su razón le dicte, y muy especialmente lo que Jesucristo estableció.

Es esa satisfacción dada por Jesús en sustitución del hombre pecador, una cosa muy parecida, aunque del todo contraria en sus efectos, al pecado original; y por eso se puede llamar con razón satisfacción original.

Por el pecado original perdió Adán los dones sobrenaturales que Dios concedió á la naturaleza humana; y ese vacío se propaga á todos los hombres, pero es porque esos hombres, que son ramas del gran árbol de la especie humana, entroncan ó se ingertan por la generación en su única primera raíz, que es Adán. Pero, si algún hombre, por un supuesto momentáneo, no entroncase con Adán, ese hombre no participaría del vacío causado por el pecado, á lo menos en cuanto tal pecado.

Cosa parecida es la satisfacción de Jesucristo, en cuanto á la forma de aplicarse á los hombres. Por eso, quizá, San Pablo llama á Jesucristo segundo Adán, bajado del cielo.

Jesucristo no hizo, como Adán, el vacío, sinó que hizo un acto de valor infinito, que lleva aparejados infinitos méritos y satisfacciones infinitas, con los cuales hay para dar á Dios tanta honra y mucha más, cuanta por el pecado del hombre se le había quitado en el orden externo; y para pagar todas las deudas que por sus pecados tenía el hombre pendientes con Dios; pero, para que el hombre pueda pagar sus deudas individuales con los tesoros que están guardados en el infinito depósito de Jesucristo, es necesario que entronque también por generación en la familia de este segundo y divino Adán, Jesús. Ese entroncamiento se realiza, ordinariamente hablando, por el Santo Bautismo, que es sacra-

mento de generación y nacimiento espiritual, con el que el hombre se hace miembro de la familia cristiana, cuyo cabeza es Jesucristo.

Y, así como con el pecado original tenía el hombre lo bastante, lo tristemente bastante para condenarse, así con el bautismo, que es para cada individuo algo así como su original santificación, tiene el hombre lo bastante para salvarse. Pues cosa es sabida que los que mueren después del Bautismo, sin cometer pecado mortal, seguramente se salvan como se salvan los niños bautizados que mueren antes del uso de la razón.

Pero así como si algún hombre no entroncara en Adán, por la generación no contraería original pecado, así si algún hombre no entronca en Jesucristo por el bautismo, ó por otro equivalente medio, no participa de los méritos de Jesucristo.

Es, pues, la obra de nuestra divina redención, algo así como si un bondadoso y muy rico soberano acuñara de una sola vez un inagotable número de moneda y la pusiera á disposición de todos sus súbditos, pero con la condición de que fueran á recogerla al depósito central, ó á las sucursales establecidas con abundancia en todos los pueblos del reino; y autorizando á la vez á esos sus súbditos para que con aquella su moneda pagasen todas sus deudas, pues que él respondía de la bondad de la moneda ante los acreedores. No cabe dudar que el tal Rey había pagado radicalmente y en cuanto de su parte estaba, todas las deudas, pues dinero le sobraba para ello; mas si algún súbdito hubiera tan insensato que, teniendo deudas, y no teniendo de su cosecha con qué pagarlas, no quisiera recibir el dinero del Rey por ninguno de los medios establecidos, ese tal súbdito continuaría en estado de deudor respecto de sus acreedores y éstos le podrían llevar á la cárcel por insolvente.

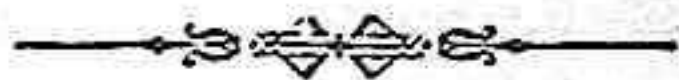
Pues apliquemos eso á la redención y méritos de Nuestro Señor Jesucristo, que la aplicación es sobrado sencilla, y cada uno la podemos hacer por nuestra cuenta.

Sí diremos que Jesucristo no se contentó con acuñar infinita y divina moneda de sobrenaturales merecimientos, sinó que quiso abrir innumerables y todos facilísimos caminos para poner en comunicación el depósito central con los pueblos todos del orbe y aun con cada individuo, á cuyo fin instituyó los Santos Sacramentos, y los ministros que los hubieran de administrar á los

fieles, con tanta abundancia y tan sencilla facilidad, no hay por qué pedir cosa mejor. Pues, fijándonos sólo en el Sacramento del Bautismo, que es el más necesario de todos, quiso que se pudiera administrar con el agua, que es materia que abunda en todo el mundo, y que pudiera ser su ministro cualquier hombre ó mujer, que tengan uso de razón, y aunque sean todavía infieles.

Vemos, pues, que Jesucristo es nuestro verdadero y único Salvador, y que con muy alto y adorable motivo se le puso por nombre el nombre divino de Jesús.

(Continuará.)



Reflexiones sobre el Evangelio.

Dominica XVII después de Pentecostés

El Evangelio de la presente Dominica (1) comienza de este modo: *Se acercaron á Jesús los fariseos.* ¡Qué buenos eran los fariseos! diría alguno, no sabiendo más que estas palabras del Evangelio. ¡Se acercaron á Jesús!

Se acercaron, si; es cierto. Pero, ¿es que, al aproximarse al Divino Maestro, eran guiados por el espíritu de Dios? Pudieron acercarse movidos por la bondad de la celestial doctrina, que fluía de los dulcísimos labios de Jesús, como acude el cristiano humilde al templo para aprender las enseñanzas de la Iglesia nuestra Madre; ó pudieron ser arrastrados por la fuerza del espíritu del mal, como lo es el criminal, que con astucia diabólica hiere por la espalda al hermano. Mas, fijáos y sabréis qué intención se albergaba en su mente. *Y uno de ellos (de los fariseos), que era Doctor de la ley, le preguntó con el designio de sorprenderle: Maestro, ¿cuál es el mandamiento grande en la ley?*

Con claridad como meridiana aparece la malignidad de los fariseos.

Uno de ellos, que era Doctor de la ley, le preguntó. También la mentira y el error tienen doctores, no doctores verdaderos, porque el error no es patrimonio de la verdadera ciencia, sino doctores

(1) S. Mateo, c. XXII.

falsos; embaucadores de oficio, habladores sin verdad. Pues bien; un doctor de la ley le preguntó (á Jesús) *con el designio de sorprenderle*. ¿Quién no ve en estas palabras una maldad muy concentrada? ¡No es extraño! Los cobardes, por el hecho de ser tales, necesariamente han de obrar solapados. Así es, que los fariseos buscan arteramente unas palabras del Salvador, para presentarlo como reo de muerte. ¡Con qué astucia! ¡Con qué hipocresía! *Maestro*, dicen. ¡Claro! Son predecesores de Judas en la traición, y dan el nombre de *Maestro*. Así son todos los traidores, todos los hipócritas... *Maestro*, dicen, *¿cuál es el mandamiento grande de la ley?* Y notad ahora, qué interpretación da San Juan Crisóstomo al designio que los llevaba, al hacer á Jesús esta pregunta.

Sabían los fariseos, dice el gran Obispo de Constantinopla, que Jesús decía de El, que era hijo de Dios; y de manifestarse como tal delante de ellos, podrían acusarle de blasfemo. Además, como conocían también que el primer mandamiento es: *Amarás al Señor tu Dios*, pensaban que lo reformaría ó añadiría algo, pues El de Dios se hacía hijo. Por eso le preguntan capciosamente: *Maestro, ¿cuál es el mandamiento grande de la ley?*

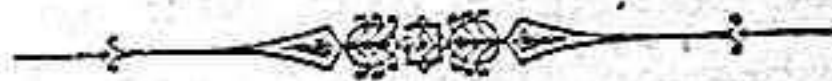
Pero Jesús, á quien no se ocultaban las astucias de los fariseos, y quien no juzgaba llegada la hora de su muerte, les contesta, no de un modo misterioso é incomprensible, sino claramente: *Amarás al Señor, tu Dios, de todo tu corazón, y de toda tu alma, y de todo tu entendimiento. Este es el mayor y el primer mandamiento. Y hay un segundo semejante á éste: Amarás á tu prójimo, como á ti mismo.*

¡Qué maneras tan distintas de proceder emplean los fariseos y Jesús! Los fariseos hablan con doblez; Jesús con sencillez y claridad. Los fariseos quieren prender á Jesús, y ponen en juego la más vituperable hipocresía; y Jesús, aunque conoce las insidiosas maquinaciones de los fariseos, les enseña el camino de la salvación. *Amarás al Señor, tu Dios, de todo tu corazón*, es decir, que no debemos dar parte de nuestro amor á los ídolos, ó á otra cosa á Dios contraria, según interpreta Cornelio á Lápide; *de toda tu alma*, porque el fin de todos nuestros pensamientos, afectos y acciones debe ser Dios únicamente; y *de todo tu entendimiento*, en cuanto que nada ha de considerarse por nosotros de tanto valor y estima como Dios. Por lo cual dice San Bernardo: *El modo de*

amar á Dios es amarle sin modo, sin fin y sin medida. Y luego les da la norma para amar al prójimo.

También en la actualidad hay algunos que, como los fariseos, aunque saben lo más rudimentario de la ley cristiana, preguntan lo que se debe hacer para, prevalidos por una interpretación acomodaticia acerca de los consejos y mandatos de los superiores jerárquicos de la Iglesia, y encontrando subterfugios donde no los hay, obrar como dicte su capricho. Y así, fariseos son, por ejemplo, aquellos que, diciéndose hijos sumisos de la Iglesia Católica, preguntan qué periódicos deben leerse, y, después de saber la prohibición de la lectura de los de doctrina impía y liberal, condenada por la razón natural y por la Iglesia, no se avergüenzan de leerlos y favorecerlos; como fariseos son todos los que no quieren cumplir las enseñanzas del divino Maestro, y se elevan sobre el pedestal de una ciencia huera, como el doctor del Evangelio, mientras proclaman puro é intransigente su catolicismo.

¿Qué deben hacer los verdaderos católicos? Jesucristo lo enseñó. Hablar con verdad, sencillez y humildad, pero con claridad y entereza. De este modo quedarán sin máscara los hipócritas y fariseos de hoy, y aparecerán como realmente son. Entonces, descubiertos, entrarán arrepentidos al camino de la verdad, ó huirán llenos de confusión, como los fariseos del Evangelio.



Explicación de las Virtudes.

(Continuación).

De lo dicho se deduce, finalmente, que la fe no es un acto instintivo, ciego, y que tiene su fundamento en la sensibilidad, en el temperamento ó en el entusiasmo del corazón. Es cierto que nuestro corazón, esto es, la voluntad movida por la clara obligación que de creer los misterios le presenta el entendimiento, y aun á veces, más ó menos excitada por las impresiones, afectos ó movimientos sensibles, tiene gran parte en el acto de fe, y por esto dice hermosamente San Pablo que con el corazón creemos provechosamente para nuestra santificación y vida eterna (1); pero este movimiento de nuestra voluntad podrá disponer al acto

(1) Rom., X, 10.

de fe, pero no constituye su esencia. El acto por el cual creemos con fe divina y provechosa al fin sobrenatural, no reside ni en nuestras facultades sensitivas, ni en la imaginación, ni siquiera exclusivamente en la voluntad; la fe es la aceptación de una verdad ó proposición que, aunque no la vea intuitivamente el entendimiento, la conoce y afirma apoyado en la Autoridad Divina, que se la revela y garantiza.

Más aún: el acto con que nuestra razón admite la verdad revelada y propuesta por Dios á su creencia, es absolutamente libre, no sólo en cuanto el alma puede seguir ó resistir el impulso de la gracia que la mueve á admitir la verdad divinamente revelada, sino también en cuanto esta misma verdad, aunque rodeada de los hermosos resplandores que derraman sobre ella los argumentos y motivos que demuestran su credibilidad, nunca se presenta al entendimiento de tal manera que deje éste de ver la dificultad intrínseca de los misterios que la fe le propone; porque, estos misterios son evidentemente creíbles, mas no evidentemente verdaderos; de suerte que aunque sus pruebas ó argumentos sean de suyo eficaces para que conozcamos su conexión íntima con la verdad, y así veamos la obligación de asentir á la revelación divina, no bastan á arrebatarnos y llevar tras sí nuestro asentimiento, si no se allega el afecto, moción ó imperio de nuestra voluntad. Por eso dice muy bien San Agustín: «Todas las demás cosas las puede hacer el hombre no queriendo, mas el crear, solamente queriendo» (1).

Así, á pesar de todos los argumentos, pruebas é ilustraciones, el hombre queda siempre libre para seguir la luz de la verdad de Dios, ó abrazarse con sus propios errores y tinieblas.

De esta suerte, el acto de creer, siendo libre, es meritorio; con él verdaderamente obedecemos á Dios y nos sometemos libremente á su querer soberano, rindiéndole así el homenaje de nuestro entendimiento, y ofreciéndole libre y espontáneamente el holocausto de lo más noble y sublime que hay en nosotros, que es la inteligencia. Todo lo cual está maravillosamente dispuesto y ordenado. Porque como el entendimiento sea la facultad más alta y excelente de nuestro espíritu, y la de que nosotros más nos gloriamos, y la que causa en nosotros mayores bienes, si está bien

(1) Tract. XXVI in Ioan.

regida y encaminada, como también mayores males si anda descarriada y perdida, su sujeción á Dios, así como es el holocausto y sacrificio más grande que el hombre puede hacer, así es también el acto más importante para su felicidad y bienestar, el más agradable á los ojos divinos, el sello, la suma y el complemento del obsequio y reverencia que debe á la Divina Majestad.

Nadie ha expuesto con más claridad la naturaleza y excelencia del holocausto que por la fe ofrecemos á Dios, creyendo lo que no vemos y sujetando nuestro pensar al saber divino, como el P. M. Avila en su libro *Audi filia*, cap. cxxxviii. Así, no podemos menos de copiar sus palabras, que son como siguen: «Aunque con todas nuestras fuerzas y facultades debemos servicio á Dios, mas el principal servicio que le hemos de hacer es con nuestro espíritu. Y pues en él hay razón y voluntad, y no se puede negar que el hombre debe servicio á Dios con la voluntad, tampoco se puede negar el servicio del entendimiento, pues que no es razón que el hombre sirva á Dios con las cosas menores que tiene en sí mismo, y no le sirva con lo principal que hay en él, que es su entendimiento y voluntad. Y así como la obediencia de la voluntad consiste en negarse á sí mismo por hacer la voluntad de Dios, así el servicio que el entendimiento le ha de hacer es negarse á sí mismo por creer al parecer de Dios; porque si el servicio del entendimiento fuese pensar algo ó consentir algo de lo que él mismo alcanza por su razón, ó no tendría éste nombre de servicio ó es servicio muy bajo, pues no hay obediencia en él. Y si la hubiese, sería obediencia de la voluntad, á la cual mandaba Dios que mandase á su entendimiento pensar en esto ó en aquello. Mas para que el servicio y obediencia del entendimiento sea suyo propio de él, conviene que consienta en cosa que él por sí mismo no entendía, y entonces verdaderamente se abaja, y se niega, y obedece, y cautiva, y hace reverencia al Sumo Dios, y cumple lo que dice S. Pablo, que *debemos cautivar el entendimiento en servicio de la fe* (1. Cor., 10). Lo cual en otra parte llama *obediencia de fe*. Y pues la bondad de Dios pide que le demos amor, y su liberalidad pide que esperemos más de El, también pide su verdad que le creamos. Y así como la obediencia que damos á Dios en el amor presupone que neguemos el nuestro, y el ánimo que ponemos en El ha de ser desanimándonos de nosotros, así la obediencia que damos á su verdad es quitando nuestro parecer y creer el suyo con más firmeza que si

nosotros lo entendiéramos, porque de otra manera, ¿qué habría que agradecer á uno que cree lo que otro dice, no porque el otro lo dice, sino porque él mismo lo entiende? Mas creyendo sin entender, hace obra loable y que trae consigo dificultad, como quien fia sin prendas, y anda sin báculo, y ama por Dios á su malhechor. Y por eso, si por Dios se hace, es verdadera virtud, digna que á Dios se ofrezca y que sea galardona la por El. Y pues la voluntad del hombre es dedicada á Dios y santificada negándose á sí, no se debe quedar el entendimiento como profano con creerse á sí mismo sin obediencia de Dios, pues ha de ser en el cielo aventurado con verle allí claramente; porque, como dice San Agustín: *El galardón de la fe es ver*. Por lo cual ninguna razón consiente que el entendimiento deje de servir en la tierra, y su propio servicio es creer».

(Continuará).



CUENTO

¡Máteme usted!....

Era una de esas jóvenes educadas á la moderna, en cuyo cerebro sin ideal se refleja la vida á través de un prisma totalmente utilitario.... Dos y dos son cuatro.... *Times is money*....

---¡Por aquí, doctor!... ¡Ah!... ¡Qué cambiada va usted á encontrar á mi pobre abuelita!...

El doctor siguió á la joven, y al cabo de algunos instantes entraron ambos en la alcoba de la enferma.

La pobre anciana no hablaba.

Acostada en el lecho, con su piel arrugada, sus cabellos incoloros y sus largos brazos descarnados, producía la impresión del un árbol vestuto arruinado por el tiempo. Sus labios ostentaban esa coloración purpúrea característica de los cancerosos.... Había momentos en que todo su ser se agitaba convulso, víctima de la invisible mordedura de los mil tentáculos que, extendidos interiormente por su cuerpo, se la iban comiendo viva....

—No hay esperanza.....—dijo el doctor después de un rápido examen.

—¿Y á qué esperar?....—contestó la joven con voz tan ténue que apenas si turbó el silencio imponente de aquella reducida estancia.

—No comprendo lo que quiere usted decir, señorita.....

—¡Pues fácil es de comprender, caballero!.... Mi abuela está perdida..... sufre inauditos dolores..... ¿No le parece á usted que sería una buena acción la de abreviar sus padecimientos?

—Hable usted más bajo..... pobre niña..... ¿No comprende usted que puede oirla su abuela?....

—¡Pero si es que ella opina lo mismo que yo!....

—¿Se lo ha dicho á usted su abuela?....

—No; pero estoy segura de ello....

El doctor salió de la alcoba, y una vez en la sala miró fijamente á la joven.

—Pero, señorita, ¿es posible que usted me diga lo que acaba de manifestarme?.... ¿Por quién me ha tomado usted?....

—¡Oh, doctor!....

—Sepa usted, señorita, que yo soy el médico; es decir, el único *cuya sola razón de ser* consiste precisamente en curar ó prologar las enfermedades.....

Si yo hiciera lo que usted me pide, sería yo un verdugo..... un asesino.....

—Le aseguro á usted, doctor, que jamás creí provocar con mis palabras esa indignación.....

—De modo que yo debería considerar como la cosa más natural del mundo que una señorita venga á decirme: «Como quiero mucho á mi abuela, hágame usted el favor de matarla».....

—Mi abuela sufre inútilmente..... y yo quiero que deje de sufrir..... ¿Qué hay en esto de particular?....

—¿Pero no comprende usted, señorita, que admitir esas ideas de usted es lo mismo que establecer el asesinato legal en la sociedad?....

—Pero cuando ya no hay esperanza alguna!....

—¡Me indignan las palabras de usted, señorita!.... ¿Por ventura sé yo, ni sabe cualquier médico, cuándo deja de haber esperanza?.... Yo conocí á un labrador que quiso asfixiar, bajo una

almohala, á un hijo suyo, que presentaba todos los s'ntomas de la hidrofobia.... Pues bien, el niño curó....

Y por otra parte, si existe el derecho de anticiparse á la muerte en toda dolencia de evolución fatal, habría que matar á los tísicos en tercer grado que obstruyen las salas de nuestros hospitales; á los cancerosos, á los incurables, á los paralíticos, á los atacados por una de esas enfermedades morales que no tienen cura.... ¿A dónde iríamos á parar con tales teorías, señorita?... ¡Y qué campo tan fértil en facilidades para los que sueñan con probables herencias!

Al llegar á este punto púsose la joven más seria de lo que había estado desde la llegada del médico.

—Pero comprenda usted, doctor, que yo no deseo que se anticipe la muerte más que á los que consientan en ello....

—¡Magnífico!.... ¿Y cree usted que sería muy difícil obtener el consentimiento de los enfermos?... Yo conocí á una portera, cuyo esposo, que había sido empleado en la fábrica del gas, padecía de laringitis tuberculosa, y cada vez que pedía un vaso de tisana, le gritaba ella: «¡Haragán!».... ¿Por qué no te decides á terminar tus males en el fondo del Canal?...»

El pobre, que había pasado trabajando cincuenta años de su vida, lloraba.... Pero, tantas veces se lo dijo su esposa, que un día se dejó convencer y se tiró de cabeza al Canal.

¿Dice usted que se podría matar solamente á los enfermos que lo pidiesen? Entonces habrá que acelerar la muerte á los que padecen fuertes dolores de muelas ó sufren los retortijones de un cólico.... Yo visito á una señora que me suplica la mate cada vez que ha de dar á luz.

—Repito á usted, doctor, que no esperaba....

—Ni yo tampoco. Ahí veo un crucifijo.... ¿Es usted católica?

—Sí, señor.

—¿Y ha olvidado usted el precepto que dice: No matarás?

—Pero cuando se ve sufrir inútilmente....

—Sepa usted, señorita, que no hay sufrimientos inútiles...., ni uno solo, del que no se pueda sacar provecho; ni uno, que no pueda servir de ejemplo para los que asisten al enfermo. El sufrimiento es la moneda preciosa con que se paga el pasaje para el otro mundo, siguiendo los pasos de Cristo.

—En fin, yo he leído que se iba á proponer una ley semejante en el Ohío.

—¡Oh, señorita, en el Ohío!....

El doctor tomó su sombrero y se despidió; pero al llegar á la antesala se detuvo, y encarándose con la joven, díjole:

—Prevengo á usted que su abuela *es mi enferma*..... Defendré su vida contra todo el mundo..... contra usted misma. Si llego á sospechar que carga usted la mano en la dosis de la morfina, yo mismo la denunció á los Tribunales.

Y al contemplar á la joven que, fría y tranquila, como una estatua de la antigüedad, no revelaba ni el más leve sentimiento de piedad, el doctor se pasó la mano por la frente y bajando la escalera se decía:

—¡Qué generación la que viene!..... ¿Pero estoy soñando? ¿En qué época vivo? ¿Han pasado 1900 años desde Jesucristo, ó vivo dos mil años antes de su venida?

.....
Era aquella, como decíamos, una de esas jóvenes educadas á la moderna, en cuyo cerebro sin ideal se refleja la existencia á través de un prisma totalmente utilitario..... Dos y dos son cuatro..... *Times is money*.....

PIERRE L'ERMITE.



Liturgia.

(Continuación)

MÍSTICA DE CUARESMA. No debe extrañarnos que tiempo tan solemne y santo, como es el de Cuaresma, sea tan fecundo en misterios. La Iglesia, que va preparándose á celebrar la más sublime de sus fiestas, ha querido que este período de recogimiento y de penitencia sea señalado por circunstancias especialísimas, que reanimen la fe de los fieles y sostengan su constancia en la obra de expiación anual.

En el tiempo de Septuagésima nos encontramos con el número setenta, que nos recordaba los setenta años de la cautividad en Babilonia, pasados los cuales, el pueblo de Dios, purificado ya de su idolatría, volvería á ver Jerusalén y á celebrar en él la Pascua. Ahora es el número cuarenta el que la Iglesia santa nos propone

á nuestra consideración, número que, como dice San Jerónimo, es siempre el de la pena y de la aflicción (1).

Cuando Dios se arrepintió de haber creado al hombre y quiso castigarlo, á excepción de una familia, con las aguas del diluvio, abre por espacio de cuarenta días y cuarenta noches las cataratas del cielo; cuando condena al pueblo hebreo á andar errante por el desierto, en castigo á su ingratitude, y antes de entrar en la tierra prometida, fija en cuarenta el número de años de su destierro; cuando tuvo lugar la ruina de Jerusalén precede á esta catástrofe un sitio de cuarenta días, y por último, cuando Moisés, que representa la Ley, y Elías, que simboliza la Profecía en el Antiguo Testamento, han de presentarse ante el Señor, el primero sobre el monte Sinaí y el otro sobre el Monte Horeb, deben prepararse á esta divina entrevista por un ayuno de cuarenta días.

Relacionando estos grandes hechos, llegamos á comprender por qué el Hijo de Dios, encarnado por salvar á los hombres, habiendo resuelto someter su divina carne á los rigores del ayuno, ha debido buscar el número de cuarenta días para este solemne acto. La institución, pues, de la Cuaresma se nos representa en toda su majestuosa severidad y como medio efficacísimo para calmar la cólera divina y conseguir la purificación de nuestras almas.

Después de estas consideraciones relativas á la duración del Tiempo que hemos de recorrer, es preciso aún que sepamos bajo qué símbolo considera la Iglesia á sus hijos durante la santa Cuarentena. Ve la Iglesia en ellos un numeroso ejército que combate día y noche contra el enemigo de Dios. Por eso en el Miércoles de Ceniza llama á la Cuaresma *carrera de la milicia cristiana*. En efecto, para obtener la regeneración que ha de hacernos dignos de volver á entonar el alegre *Alleluia*, nos es de todo punto indispensable el triunfo de nuestros tres enemigos: el demonio, la carne y el mundo. Unidos al Redentor, que lucha sobre la montaña contra la triple tentación y contra el mismo Satanás, debemos estar siempre alerta y con las armas en la mano.

Quiere la Iglesia que confiemos en la protección de Dios, que nos defiende como potente escudo; que esperemos á la sombra de sus alas protectoras; que pongamos en El nuestra confianza, porque ha de librarnos de las redes del infernal dragón; que estemos completamente seguros de la protección que nos dispensan los santos ángeles, nuestros hermanos, á los que ha ordenado el Señor guarden nuestros pasos, y que, siendo respetuosos testigos del combate sostenido por el Salvador con Satanás, acercáronse á El, después de la victoria, para servirle y rendirle el homenaje debido.

Pero no se contenta la Iglesia con darnos el aviso para estar preparados á las asechanzas de nuestros enemigos: quiere aún

(1) In Ezechiel., Caput. XXIX.

más, y para ocupar nuestra atención, ofrécenos tres grandiosos espectáculos que han de desarrollarse día por día hasta la festividad de la Pascua, procurándonos cada uno de ellos piadosas emociones y sólida instrucción.

En primer lugar vamos á presenciarse el desenlace de la conspiración de los judíos contra el Redentor; conspiración que empieza á tramarse y que estallará el Viernes Santo, cuando veamos al Hijo de Dios clavado en el árbol de la Cruz. Las pasiones que se agitan en el seno de la Sinagoga van á hacerse manifiestas de semana en semana, y podremos seguirlas paso á paso en su afrentoso desenvolvimiento. La dignidad, la sabiduría y mansedumbre de la Víctima augusta nos parecerán cada vez más sublimes y más dignas de un Dios. El drama divino que hemos visto comenzar en la gruta de Belén continuará hasta tener su desenlace en el Calvario: y, para seguir sus acontecimientos, no tenemos que hacer sino meditar las lecturas del Evangelio que ha de proponernos la Iglesia cada día.

En segundo lugar, recordando que la festividad de Pascua es para los Catecúmenos el día de su nuevo nacimiento, nos representaremos en nuestra imaginación las primeras edades del cristianismo, en las que la Cuaresma era para los que aspiraban al Bautismo la última preparación. La santa Liturgia ha conservado algo de la antigua disciplina; y al escuchar estas sublimes lecturas de los dos Testamentos, con las que se acababa de iniciarles, no podremos menos de dar gracias á Dios, que se ha dignado hacernos nacer en un siglo en que los niños no tienen que esperar á ser hombres para experimentar en sí los efectos de las divinas misericordias.

Debemos, finalmente, durante la Cuaresma, recordarnos de aquellos penitentes públicos, que, expulsados solemnemente de la asamblea de los fieles en el miércoles de Ceniza, eran, durante el transcurso de la santa Cuaresma, objeto de la solicitud materna de la Iglesia, que debía, si á ello eran acreedores, admitirlos á la reconciliación el día de Jueves Santo. Un admirable conjunto de lecturas piadosas, destinado á su instrucción, y á interesar á los fieles en su favor, nos será presentado en estos días: porque la Liturgia nada ha desechado de tan constantes tradiciones. Recordaremos con qué facilidad nos fueron perdonadas nuestras iniquidades, que, en pasados siglos, no lo hubieran sido sino después de duras y solemnes pruebas de expiación.

(Continuará).



Noticias generales.

En la importante villa de Santoña ha quedado establecida una Sección de la Adoración Nocturna española.

*** El Presidente de la Liga contra el duelo, Barón de Albi, ha dirigido al jefe del Gobierno una protesta sobre los lances ocurridos en pocos días, y pide que se castiguen y repriman esos actos que califica de salvajes, reclamando que los poderes públicos favorezcan con eficacia la misión civilizadora de la Liga antiduelista.

*** En la Catedral de Burgo de Osma se ha celebrado la inauguración del Sínodo diocesano señalado para los días 12, 13 y 14 del actual.

El acto revistió gran solemnidad, oficiando de pontifical el Prelado de la diócesis, con asistencia de 300 sacerdotes.



Santorial.

Día 30, Domingo XVIII después de Pentecostés. Stos. Jerónimo, cf., dr. y fund.; Gregorio y Honorario, obs. cf.; Sta. Sofía, vda.

Día 1.º de Octubre, lunes. El Santo Ángel Custodio de España. Stos. Remigio ob. cf.; Severo, pbro. cf.; Stas. Máxima y Julia, herms. mártires.

Día 2, martes. Los Santos Angeles de nuestra Guarda. Stos. Leodegario, ob. mr.; Eleuterio, mr.; Sta. Urfía, vg.

Día 3, miércoles. Stos. Cándi-

do, Dionisio, Fausto y otros mártire; Gerardo, ab.; Sta. Florencia, mártir.

Día 4, jueves. Stos. Francisco de Asís, cf. fund.; Hireteo, *el Divino*; Petronio, ob. cf.; Sta. Aura, vg.

Día 5, viernes. Stos. Plácido, Donato, Firmato y otros 30 monjes, mrs.; Atilano, ob. cf.; Stas. Flavia y Cristina, vgs. mrs.

Día 6, sábado. Stos. Bruno, cf. fund.; Caprasio, Marcelo, Casto, Saturnino y Feliciano, mrs.; Santas Fe, vg. mr.; Erotis, mr.